



El Principito

Antoine de Saint-Exupéry

ÍNDICE

Capítulo I	4
Capítulo II	6
Capítulo III	9
Capítulo IV	11
Capítulo V	13
Capítulo V	14
Capítulo VII	15
Capítulo VIII	18
Capítulo IX	20
Capítulo X	21
Capítulo X	25
Capítulo XII	27
Capítulo XIII	28
Capítulo XIV	31
Capítulo XV	34
Capítulo XVI	37
Capítulo XVII	37
Capítulo XVIII	39
Capítulo XIX	39
Capítulo XX	40
Capítulo XXI	41
Capítulo XXII	45
Capítulo XXIII	46
Capítulo XXIV	47
Capítulo XXV	48
Capítulo XXVI	51
Capítulo XXVII	54
Extracto del libro	56
Comprobación de lectura	57
Glosario	58



Antoine de Saint-Exupéry

Nació el 29 de junio de 1900 en Francia. Vivió una infancia feliz, a pesar de haber perdido a su padre a la edad de cuatro años. Estuvo muy unido a su madre, cuya sensibilidad y cultura lo marcaron profundamente, y con quien mantuvo contacto durante toda su vida.

Fue aviador en los días en que la aviación poseía pocos instrumentos y volar era una tarea extremadamente difícil y peligrosa. Fue uno de los pioneros de los vuelos internacionales. Sus experiencias como piloto fueron a menudo su fuente de inspiración como escritor. Mientras volaba también escribía.



Capítulo I

Cuando yo tenía seis años vi en un libro sobre la selva que se titulaba “Historias vividas”, una magnífica foto. Representaba una serpiente boa que se tragaba a una fiera.

En el libro decía: “La serpiente boa se traga su presa entera, sin masticarla. Luego ya no puede moverse y duerme durante los seis meses que dura su digestión”. Reflexioné y logré trazar con un lápiz de colores mi primer dibujo.

Enseñé mi obra de arte a las personas mayores y les pregunté si mi dibujo les daba miedo.
— ¿Por qué habría de asustar un sombrero?— me respondieron.

Mi dibujo no representaba un sombrero. Representaba una serpiente boa que digiere un elefante. Dibujé entonces el interior de la serpiente boa a fin de que las personas mayores pudieran comprender.



Las personas mayores me aconsejaron abandonar los dibujos de serpientes boas, ya fueran abiertas o cerradas, y poner más interés en la geografía, la historia, el cálculo y la gramática. Así que a los seis años abandoné una magnífica carrera de pintor.

Tuve que elegir otro oficio y aprendí a pilotear aviones. He volado un poco por todo el mundo y la geografía, en efecto, me sirvió de mucho.

A lo largo de mi vida tuve muchos contactos con gente seria. Viví mucho con personas mayores y las conocí muy de cerca; pero esto no mejoró demasiado mi opinión sobre ellas.

Cuando me encontraba con alguien que me parecía un poco lúcido e inteligente, lo sometía a la experiencia de mi dibujo número 1 que he conservado. Repetidamente me contestaban: "Es un sombrero". Me abstenía de hablarles de la serpiente, me ponía a su altura, y les hablaba del bridge, del

golf, de política y de corbatas. Y mi interlocutor se quedaba muy contento.

Capítulo II

Hace seis años tuve una avería en el desierto de Sahara. Algo se había estropeado en el motor del avión. Como no llevaba conmigo ni mecánico ni pasajero alguno, me dispuse a realizar, yo solo, una reparación difícil. La primera noche me dormí sobre la arena. Imagínense, pues, mi sorpresa cuando al amanecer me despertó una extraña vocecita que decía:

— ¡Por favor... píntame un cordero!

— ¿Eh?

— ¡Píntame un cordero!

Me puse de pie de un salto. Me froté los ojos y vi a un extraordinario muchachito que me miraba arduamente.

Miré aquella aparición con los ojos redondos de admiración. No hay que olvidar que me encontraba lejos del lugar habitado más cercano. Ahora bien, el



muchachito no me parecía ni perdido, ni muerto de cansancio, de hambre, de sed o de miedo.

Cuando logré, por fin, articular palabra, le dije:

— Pero... ¿qué haces tú por aquí?

Y él respondió:

— ¡Por favor... píntame un cordero!

Cuando el misterio es demasiado impresionante, es imposible desobedecer. Saqué de mi bolsillo una hoja de papel y una pluma fuente. Le dije al muchachito, que no sabía dibujar.

— ¡No importa —me respondió—, píntame un cordero!

Como nunca había dibujado un cordero, rehice para él uno de los dos únicos dibujos que yo era capaz de realizar: el de la serpiente boa cerrada. Y quedé estupefacto cuando oí decir al hombrecito:

— ¡No, no! Yo no quiero un elefante en una serpiente.

La serpiente es muy peligrosa y el elefante ocupa mucho sitio. En mi tierra es todo muy pequeño.

Necesito un cordero. Píntame un cordero.

Dibujé un cordero. Lo miró atentamente y dijo:

— ¡No! Este está ya muy enfermo. Haz otro.

Volví a dibujar.

Mi amigo sonrió dulcemente, con indulgencia.

— ¿Ves? Esto no es un cordero, es un carnero. Tiene cuernos...

Rehice nuevamente mi dibujo y fue rechazado como los anteriores.

—Este es demasiado viejo. Quiero un cordero que viva mucho tiempo.

Sin paciencia y deseoso de comenzar a desmontar el motor, hice rápidamente otro dibujo, y le dije:

—Esta es la caja. El cordero que quieres está adentro. Con gran sorpresa mía el rostro de mi joven juez se iluminó:

— ¡Así es como yo lo quería! ¿Crees que sea necesario mucha hierba para este cordero?

— ¿Por qué?

—Porque en mi tierra es todo tan pequeño...

Se inclinó hacia el dibujo y exclamó:

— ¡Bueno, no tan pequeño...! Está dormido...

Y así fue como conocí al principito.



Capítulo III

Me costó mucho comprender de dónde venía. El principito, que me hacía muchas preguntas, jamás parecía oír las mías. Fueron palabras pronunciadas al azar, las que poco a poco me revelaron todo. Así, cuando vio mi avión me preguntó:

— ¿Qué cosa es esa? —Eso no es una cosa. Es un avión, mi avión.

Él entonces gritó:

— ¡Cómo! ¿Has caído del cielo? —Sí —le dije modestamente. —

Y el principito lanzó una carcajada que me irritó mucho. Me gusta que mis desgracias se tomen en serio. Y añadió:

—Entonces ¿Vienes del cielo? ¿De qué planeta eres tú?

Divisé una luz en el misterio de su presencia y le pregunté bruscamente:

— ¿Tu vienes, pues, de otro planeta?

Pero no me respondió; movía lentamente la cabeza mirando detenidamente mi avión.

—Es cierto, que, encima de eso, no puedes venir de muy lejos...

Me esforcé, en saber algo más:

— ¿De dónde vienes, muchachito? ¿Dónde está “tu casa”? ¿Dónde quieres llevarte mi cordero?

Después de meditar me respondió:

—Lo bueno de la caja que me diste es que por la noche le servirá de casa.

—Si eres bueno te daré también una cuerda y una estaca para atarlo durante el día.

Esta proposición pareció chocar al principito.

—¿Atarlo?

—Si no lo atas, se irá quién sabe dónde y se perderá...

Mi amigo soltó una nueva carcajada.

—¿Y dónde quieres que vaya?

—No sé, a cualquier parte....

Entonces el principito señaló con dificultad:

—¡No importa, es tan pequeña mi tierra!

Y agregó, con un poco de melancolía:

—... No se puede ir muy lejos.



Capítulo IV

Así, supe una segunda cosa muy importante: su planeta era apenas más grande que una casa. Sabía que aparte de los grandes planetas como la Tierra, Júpiter, Marte, Venus, los cuales tienen nombre, existen otros centenares tan pequeños, que es difícil distinguirlos aun con la ayuda del telescopio. Cuando un astrónomo descubre uno de estos planetas, le da por nombre un número. Le llama, por ejemplo, "el asteroide 3251".

Tengo poderosas razones para creer que el planeta del principito era el asteroide B 612. Este asteroide fue visto con el telescopio en 1909, por un astrónomo turco. Este astrónomo presentó su descubrimiento en un congreso Internacional de Astronomía. Pero nadie le creyó a causa de su manera de vestir.

Felizmente para el asteroide B 612, un dictador turco impuso a su pueblo, el vestido a la europea. Entonces el astrónomo volvió a presentar su descubrimiento



en 1920 y como lucía un traje muy elegante, todo el mundo aceptó su demostración.

Si les conté de todos estos detalles sobre el asteroide B 612 es por consideración a las personas mayores. A ellos les gustan las cifras. Cuando se les habla de un nuevo amigo, jamás preguntan lo esencial del mismo. Nunca se les ocurre preguntar:

“¿Qué tono tiene su voz? ¿Qué juegos prefiere? ¿Le gusta coleccionar mariposas?” Pero en cambio preguntan: “¿Qué edad tiene? ¿Cuántos hermanos? ¿Cuánto pesa? ¿Cuánto gana su padre?”

A mí me habría gustado más comenzar esta historia a la manera de los cuentos de hadas. Me habría gustado decir:

“Era una vez un principito que habitaba un planeta apenas más grande que él y que tenía necesidad de un amigo...” Para aquellos que comprenden la vida, esto hubiera parecido más real.



Hace ya seis años que mi amigo se fue con su cordero. Y si intento describirlo aquí es sólo con el fin de no olvidarlo. Para evitar esto compré una caja de lápices de colores. Ciertamente, trataré de hacer retratos lo más parecido posibles, pero no estoy muy seguro de lograrlo.

Capítulo V

Tuve conocimiento al tercer día, del drama de los baobabs.

El principito me preguntó:

—¿Es verdad que los corderos se comen los arbustos?

—Sí, es cierto.

No comprendí por qué era tan importante para él que los corderos se comieran los arbustos. Pero el principito añadió:

—Entonces se comen también los Baobabs.

Le expliqué al principito que los baobabs no son arbustos, sino árboles grandes y que incluso si llevase consigo todo un rebaño de elefantes, el rebaño no lograría acabar con un solo baobab.

Esta idea del rebaño de elefantes hizo reír al principito.
—Habría que poner los elefantes unos sobre otros...
Y luego añadió juiciosamente:
—Los baobabs, antes de crecer, son muy pequeñitos.
—Es cierto. Pero ¿por qué quieres que tus corderos coman los baobabs?

Me contestó: “¡Buena!” . Si un baobab no se arranca a tiempo, no hay manera de librarse de él más tarde; cubre todo el planeta y lo perfora con sus raíces. Y si el planeta es demasiado pequeño y los baobabs son numerosos, lo harán estallar.

Capítulo VI

¡Ah, principito, cómo he comprendido lentamente tu vida melancólica! Durante mucho tiempo tu única distracción fue la suavidad de las puestas de sol. Lo supe al cuarto día, cuando me dijiste:
—Me gustan mucho las puestas de sol; vamos a ver una puesta de sol...
—Tendremos que esperar...



— ¿Esperar qué?

—Que el sol se ponga.

— ¡Un día vi ponerse el sol cuarenta y tres veces!

Y un poco más tarde añadió:

— ¿Sabes? Cuando uno está verdaderamente triste le gusta ver las puestas de sol.

—El día que la viste cuarenta y tres veces estabas muy triste ¿verdad?

El principito no respondió.

Capítulo VII

Al quinto día y en relación con el cordero, me preguntó bruscamente:

—Si un cordero se come los arbustos, se comerá también las flores ¿no?

—Un cordero se come todo lo que encuentra.

— ¿Y también las flores que tienen espinas?

—Sí; también las flores que tienen espinas.

—Entonces, ¿para qué le sirven las espinas?

Confieso que no lo sabía. Estaba yo muy ocupado desatornillando un perno demasiado apretado del

motor del avión.

— ¿Para qué sirven las espinas?

El principito no permitía nunca que se dejara sin respuesta una pregunta formulada por él.

Irritado por el perno, le respondí lo primero que se me ocurrió:

—Las espinas no sirven para nada.

— ¡Oh!

Y después me dijo con una especie de rencor:

— ¡No te creo!

El principito me interrumpió de nuevo:

— ¿Tú crees que las flores...?

— ¡No, no creo nada! Te respondí cualquier cosa para que te calles. Tengo que ocuparme de cosas serias.

— ¡De cosas serias!

— ¡Hablas como las personas mayores!

— ¡Lo confundes todo...todo lo mezclas...!

Estaba verdaderamente irritado.

—Conozco un planeta donde vive un señor muy colorado, que nunca ha olido una flor, ni ha mirado



una estrella y que jamás ha querido a nadie. En toda su vida no hizo más que sumas. Y todo el día repetía: “¡Yo soy un hombre serio, yo soy un hombre serio!” ... Pero eso no es un hombre, ¡es un hongo!

— ¿Un qué?

—Un hongo.

El principito estaba pálido de cólera.

—Hace millones de años que las flores tiene espinas y hace también millones de años que los corderos, a pesar de las espinas, se comen las flores. ¿Es que no es cosa seria averiguar por qué las flores pierden el tiempo fabricando unas espinas que no les sirven para nada?

El principito enrojeció y después continuó:

—Si alguien ama a una flor de la que sólo existe un ejemplar en millones y millones de estrellas, basta que las mire para ser dichoso. Puede decir satisfecho: “Mi flor está allí, en alguna parte...” ¡Pero si el cordero se la come, para él es como si de pronto todas las

estrellas se apagaran! ¡Y esto no es importante!
No pudo decir más y estalló en sollozos.

La noche había caído. Yo había soltado las herramientas y ya no importaban nada el martillo, el perno, la sed y la muerte. Lo tomé en mis brazos y lo mecí diciéndole: “la flor que tú quieres no corre peligro... te dibujaré un bozal para tu cordero y una armadura para la flor...te...”. No sabía qué decirle; me sentía torpe.

Capítulo VIII

Siempre hubo en el planeta del principito flores muy simples adornadas con una sola fila de pétalos. Aparecían entre la hierba una mañana y por la tarde se extinguían. Pero aquella había germinado un día de una semilla llegada de quién sabe dónde, y el principito la vigiló cuidadosamente desde el primer día. Podía ser una nueva especie de Baobab. Pero el arbusto cesó pronto de crecer y comenzó a echar su flor.



La flor dijo bostezando:

— ¡Ah, perdóname... acabo de despertarme... estoy toda despeinada...!

El principito admirado dijo:

— ¡Qué hermosa eres!

— ¿Verdad? —respondió dulcemente la flor-

—Me parece que ya es hora de desayunar — añadió la flor —; si tuvieras la bondad de...

Y el principito, muy confuso, fue a buscar una regadera, la roció abundantemente con agua fresca.

—No temo a los tigres, pero tengo miedo a las corrientes de aire. ¿No tendrás un biombo?

“Miedo a las corrientes de aire no es una suerte para una planta —pensó el principito—. Esta flor es demasiado complicada...”

— ¿Y el biombo?

—Iba a buscarlo, pero como no dejabas de hablarme...

Capítulo IX

Creo que el principito aprovechó la migración de una bandada de pájaros silvestres para su huida. La mañana de la partida, puso en orden el planeta. Deshollinó cuidadosamente sus dos volcanes en actividad, que le eran muy útiles para calentar el desayuno todas las mañanas.

Creía que no iba a volver nunca. Y cuando regó por última vez la flor y se dispuso a ponerla al abrigo del fanal, sintió ganas de llorar.

—Adiós —le dijo a la flor. Esta no respondió.

—Adiós —repitió el principito.

La flor tosió, pero no porque estuviera resfriada.

—He sido una tonta —le dijo al fin la flor—. Perdóname. Procura ser feliz.

—Yo te quiero —le dijo la flor—, ha sido culpa mía que tú no lo sepas. Y tú has sido tan tonto como yo. Trata de ser feliz. . . Y suelta de una vez ese fanal; ya no lo quiero.

—Pero el viento...



—Y los animales...

—Será necesario que soporte dos o tres orugas, si quiero conocer las mariposas; creo que son muy hermosas. Si no ¿quién vendrá a visitarme? Tú estarás muy lejos. En cuanto a las fieras, no las temo: yo tengo mis garras.

—Y no prolongues más tu despedida. Puesto que has decidido partir, vete de una vez.

Capítulo X

Se encontraba en la región de los asteroides 325, 326, 327, 328, 329 y 330. Para ocuparse en algo e instruirse decidió visitarlos.

El primero estaba habitado por un rey. El rey, vestido de púrpura estaba sentado sobre un trono muy sencillo pero majestuoso.

— ¡Ah, —exclamó el rey al divisar al principito—, aquí tenemos un súbdito!



El principito se preguntó:

“¿Cómo es posible que me reconozca si nunca me ha visto?”

Ignoraba que para los reyes el mundo está muy simplificado. Todos los hombres son súbditos.

—Aproxímate para que te vea mejor —le dijo el rey. El principito buscó donde sentarse, pero se quedó de pie, pero como estaba cansado, bostezó.

—La etiqueta no permite bostezar en presencia del rey —le dijo el monarca—. Te lo prohíbo.

—No pude evitarlo —respondió el principito—, hice un viaje muy largo y apenas dormí...

Aquel planeta era tan pequeño que no se explicaba sobre quién podría reinar aquel rey.

—Señor —le dijo—, perdóneme si le pregunto...

—Te ordeno que me preguntes —se apresuró a decir el rey.

—Señor. . . ¿sobre qué ejerce su poder?

—Sobre todo —contestó el rey con gran ingenuidad.



El rey, con un gesto sencillo, señaló su planeta, los otros planetas y las estrellas.

— ¿Sobre todo eso? —volvió a preguntar el principito.

—Sobre todo eso. . . —respondió el rey.

No era sólo un monarca absoluto, era, además, un monarca universal.

— ¿Y las estrellas le obedecen?

— ¡Naturalmente! —le dijo el rey—. Y obedecen en seguida, pues yo no tolero la indisciplina.

Se atrevió a solicitar una gracia al rey:

—Me gustaría ver una puesta de sol... Deme ese gusto... Ordénele al sol que se ponga...

—Sólo hay que pedir a cada uno, lo que cada uno puede dar —continuó el rey.

— ¿Entonces mi puesta de sol? —recordó el principito.

—Tendrás tu puesta de sol. La exigiré. Pero, esperaré que las condiciones sean favorables.

— ¿Y cuándo será eso?

—¡Ejem, ejem! —le respondió el rey, ¡ejem, ejem! será hacia... hacia... será hacia las siete cuarenta. Ya

verás cómo se me obedece.

El principito bostezó. Lamentaba su puesta de sol frustrada y además estaba aburrido.

—No tengo nada que hacer aquí —le dijo al rey—. Me voy.

—No partas —le respondió el rey—, no te vayas y te hago ministro.

— ¿Ministro de qué?

— ¡De... de justicia!

— ¡Pero si aquí no hay nadie a quien juzgar!

—Eso no se sabe —le dijo el rey—.

—Pero yo ya he visto. . . —dijo el principito echó una ojeada al otro lado del planeta—. Allá abajo no hay nadie tampoco. .

—¡Ejem, ejem! Creo —dijo el rey— que en alguna parte del planeta vive una rata vieja; yo la oigo por la noche. Tú podrás juzgar a esta rata vieja. La condenarás a muerte de vez en cuando.

—A mí no me gusta condenar a muerte a nadie —dijo el principito—. Creo que me voy a marchar.

—No —dijo el rey.



Pero el principito, que había terminado ya sus preparativos no quiso disgustar al viejo monarca, dijo: —Si Vuestra Majestad deseara ser obedecido puntualmente, podría dar una orden.

Podría ordenarme, por ejemplo, partir antes de un minuto. Me parece que las condiciones son favorables...

Como el rey no respondiera nada, el principito vaciló primero y emprendió la marcha.

— ¡Te nombro mi embajador! —gritó el rey. Tenía un aspecto de gran autoridad.

“Las personas mayores son muy extrañas”, se decía el principito para sí mismo durante el viaje.

Capítulo XI

El segundo planeta estaba habitado por un vanidoso: — ¡Un admirador vino a visitarme! —Gritó el vanidoso. Para los vanidosos todos los demás hombres son admiradores.

— ¡Buenos días! —dijo el principito—. ¡Qué sombrero tan raro tiene!

—Es para saludar a los que me aclaman —respondió el vanidoso. Desgraciadamente nunca pasa nadie por aquí.

— ¿Ah, sí? —preguntó sin comprender el principito.

—Golpea tus manos una contra otra —le aconsejó el vanidoso.

El principito aplaudió y el vanidoso le saludó modestamente levantando el sombrero.

“Esto parece más divertido que la visita al rey”, se dijo para sí el principito.

A los cinco minutos el principito se cansó de aquel juego.

— ¿Qué hay que hacer para que el sombrero se caiga? —preguntó el principito.

Pero el vanidoso no le oyó. Los vanidosos sólo oyen las alabanzas.

— ¿Tú me admiras mucho, verdad? —preguntó el vanidoso al principito.

— ¿Qué significa admirar?

—Admirar significa reconocer que yo soy el hombre más bello, el mejor vestido, el más rico y el más

inteligente del planeta.

— ¡Si tú estás solo en tu planeta!

— ¡Hazme ese favor, admírame de todas maneras!

— ¡Bueno! Te admiro —dijo el principito.

Y el principito se marchó.

“Decididamente, las personas mayores son muy extrañas”, se decía para sí el principito durante su viaje.

Capítulo XII

El tercer planeta estaba habitado por un bebedor. Fue una visita muy corta.

— ¿Qué haces ahí? —preguntó al bebedor que estaba sentado en silencio ante un sinnúmero de botellas vacías y otras tantas botellas llenas.

— ¡Bebo! —respondió el bebedor.

— ¿Por qué bebes? —volvió a preguntar el principito.

—Para olvidar.

— ¿Para olvidar qué? —inquirió el principito.

—Para olvidar que siento vergüenza —confesó el bebedor.

— ¿Vergüenza de qué? —preguntó el principito.

— ¡Vergüenza de beber! —concluyó el bebedor.

Y el principito, perplejo, se marchó.

“No hay la menor duda de que las personas mayores son muy extrañas”, seguía diciéndose para sí el principito.

Capítulo XIII

El cuarto planeta estaba ocupado por un hombre de negocios. Él estaba tan abstraído que ni siquiera levantó la cabeza a la llegada del principito.

— ¡Buenos días! —le dijo éste—. Su cigarro se ha apagado.

—Tres y dos cinco. Cinco y siete doce. Doce y tres quince. ¡Buenos días! Quince y siete veintidós. Veintidós y seis veintiocho. No tengo tiempo de encenderlo. Veintiocho y tres treinta y uno. ¡Uf! Esto suma quinientos un millones seiscientos veintidós mil setecientos treinta y uno.

— ¿Quinientos millones de qué?



— ¿Eh? ¿Estás ahí todavía? Quinientos millones de... ya no sé... ¡He trabajado tanto! Dos y cinco siete...

— ¿Quinientos millones de qué? —volvió a preguntar el principito, que nunca en su vida había renunciado a una pregunta una vez que la había formulado.

El hombre de negocios levantó la cabeza:

—Desde hace cincuenta y cuatro años que habito este planeta, sólo me han molestado tres veces. La primera, hace veintidós años, fue por un abejorro que había caído aquí de Dios sabe dónde. Hacía un ruido insoportable y me hizo cometer cuatro errores en una suma. La segunda vez por una crisis de reumatismo, hace once años. Yo no hago ningún ejercicio, pues no tengo tiempo de callejear. Y la tercera vez... ¡la tercera vez es ésta! Decía, pues, quinientos un millones...

— ¿Millones de qué?

—Millones de esas pequeñas cosas que algunas veces se ven en el cielo.

— ¿Moscas?

— ¡No, cositas que brillan!

— ¿Abejas?

—No. Unas cositas doradas que hacen desvariar a los holgazanes.

— ¡Ah! ¿Estrellas?

—Eso es. Estrellas.

— ¿Y qué haces tú con quinientos millones de estrellas?

— ¿Que qué hago con ellas?

—Sí.

—Nada. Las poseo.

— ¿Que las estrellas son tuyas?

—Sí.

— ¿Y de qué te sirve poseer las estrellas?

—Me sirve para ser rico.

— ¿Y de qué te sirve ser rico?

—Me sirve para comprar más estrellas si alguien las descubre.

— ¿Y cómo es posible poseer estrellas?

— ¿De quién son las estrellas? —contestó el hombre de negocios.



—No sé. . . De nadie.

—Entonces son mías, puesto que fui el primero a quien se le ocurrió la idea.

— ¿Y eso basta?

—Las administro. Las cuento y las recuento una y otra vez —.

El principito abandonó aquel planeta.

“Las personas mayores, decididamente, son extraordinarias”, se decía a sí mismo con sencillez durante el viaje.

Capítulo XIV

El quinto planeta era el más pequeño de todos, pues apenas cabían en él un farol y el farolero que lo habitaba. El principito no lograba explicarse para qué servirían allí. Se dijo a sí mismo:

“Este hombre, quizás, es absurdo. Sin embargo, es menos absurdo que el rey, el vanidoso, el hombre de negocios y el bebedor. Su trabajo, al menos, tiene

sentido. Cuando enciende su farol, es igual que si hiciera nacer una estrella más o una flor y cuando lo apaga hace dormir a la flor o a la estrella.

Cuando llegó al planeta saludó respetuosamente al farolero:

— ¡Buenos días! ¿Por qué acabas de apagar tu farol?

—Es la consigna —respondió el farolero—.

— ¿Y qué es la consigna?

—Apagar mi farol. ¡Buenas noches! Y encendió el farol.

— ¿Y por qué acabas de volver a encenderlo?

—Es la consigna.

—No lo comprendo —dijo el principito.

—Mi trabajo es algo terrible. En otros tiempos era razonable; apagaba el farol por la mañana y lo encendía por la tarde. Tenía el resto del día para reposar y el resto de la noche para dormir.

— ¿Y luego cambiaron la consigna?

—La consigna no ha cambiado —dijo el farolero—. El



planeta gira cada vez más de prisa de año en año y la consigna sigue siendo la misma.

— ¿Y entonces? —dijo el principito.

—Como el planeta da ahora una vuelta completa cada minuto, yo no tengo un segundo de reposo. Enciendo y apago una vez por minuto.

Mientras el principito proseguía su viaje, se iba diciendo para sí: “Este sería despreciado por los otros, por el rey, por el vanidoso, por el bebedor, por el hombre de negocios. Y, sin embargo, es el único que no me parece ridículo, quizás porque se ocupa de otra cosa y no de sí mismo. Y dijo:

“Es el único de quien pude haberme hecho amigo. Pero su planeta es demasiado pequeño y no hay lugar para dos...”

Capítulo XV

El sexto planeta era diez veces más grande. Estaba habitado por un anciano que escribía grandes libros.
— ¡Un explorador! —exclamó cuando divisó al principito.

Este se sentó sobre la mesa y reposó un poco. ¡Había viajado ya tanto!

— ¿De dónde vienes tú? —le preguntó el anciano.

— ¿Qué libro es ese tan grande? —Preguntó a su vez el principito—. ¿Qué hace usted aquí?

—Soy geógrafo —dijo el anciano.

— ¿Y qué es un geógrafo?

—Es un sabio que sabe dónde están los mares, los ríos, las ciudades, las montañas y los desiertos.

—Eso es muy interesante —dijo el principito—.

—Es muy hermoso su planeta. ¿Hay océanos aquí?

—No puedo saberlo —dijo el geógrafo.

— ¡Ah! (El principito se sintió decepcionado). ¿Y montañas?

—No puedo saberlo —repitió el geógrafo.

— ¿Y ciudades, ríos y desiertos?



—Tampoco puedo saberlo.

— ¡Pero usted es geógrafo!

—Exactamente —dijo el geógrafo—, pero no soy explorador, ni tengo exploradores. El geógrafo no puede estar de acá para allá contando las ciudades, los ríos, las montañas, los océanos y los desiertos. Se queda en su despacho y allí recibe a los exploradores. Les interroga y toma nota de sus informes. Si los informes de alguno de ellos le parecen interesantes, manda hacer una investigación.

Súbitamente el geógrafo se sintió emocionado:

—Pero... ¡tú vienes de muy lejos! ¡Tú eres un explorador! Vas a describirme tu planeta.

— ¿Y bien? —interrogó el geógrafo.

— ¡Oh! Mi tierra —dijo el principito— no es interesante, todo es muy pequeño. Tengo tres volcanes, dos en actividad y uno extinguido.

—Tengo también una flor.

—De las flores no tomamos nota.

— ¿Por qué? ¡Son lo más bonito!

—Porque las flores son efímeras.

—¿Qué significa “efímera”?

—Las geografías —dijo el geógrafo— son los libros más preciados e interesantes. Es muy raro que una montaña cambie de sitio o que un océano quede sin agua.

—Pero, ¿qué significa “efímera”? —repitió el principito que en su vida había renunciado a una pregunta una vez formulada.

—Significa que está amenazado de próxima desaparición.

— ¿Mi flor está amenazada de desaparecer próximamente?

—Indudablemente.

“Mi flor es efímera —se dijo el principito— y no tiene más que cuatro espinas para defenderse contra el mundo. ¡Y la he dejado allá sola en mi casa!”. Por primera vez se arrepintió de haber dejado su planeta.

— ¿Qué me aconseja usted que visite ahora? —preguntó.



—La Tierra —le contestó el geógrafo—. Tiene muy buena reputación...

Y el principito partió pensando en su flor.

Capítulo XVI

El séptimo planeta fue, por consiguiente, la Tierra.

¡La Tierra no es un planeta cualquiera! Se cuentan en él ciento once reyes, siete mil geógrafos, novecientos mil hombres de negocios, siete millones y medio de borrachos, trescientos once millones de vanidosos, es decir, alrededor de dos mil millones de personas mayores.

Capítulo XVII

El principito, al llegar a la Tierra, quedó sorprendido de no ver a nadie. Tenía miedo de haberse equivocado de planeta, cuando un anillo de color de luna se revolvió en la arena.

— ¡Buenas noches! —dijo el principito.

— ¡Buenas noches! —dijo la serpiente.

— ¿Sobre qué planeta he caído? —preguntó el principito.

—Sobre la Tierra, en África —respondió la serpiente.
— ¡Ah! ¿Y no hay nadie sobre la Tierra?
—Esto es el desierto. En los desiertos no hay nadie. La Tierra es muy grande —dijo la serpiente.
El principito se sentó en una piedra y elevó los ojos al cielo.
—Dijo la serpiente—. ¿Y qué vienes tú a hacer aquí?
—Tengo problemas con una flor —dijo el principito.
El principito la miró largo rato y le dijo: —Eres un bicho raro, delgado como un dedo...
—Pero soy más poderoso que el dedo de un rey —le interrumpió la serpiente.
El principito sonrió:
—No me pareces muy poderoso... ni siquiera tienes patas... ni tan siquiera puedes viajar...
—Puedo llevarte más lejos que un navío —dijo la serpiente.
Se enroscó alrededor del tobillo del principito como un brazalete de oro.
—Al que yo toco, le hago volver a la tierra de donde salió. Pero tú eres puro y vienes de una estrella...



Capítulo XVIII

El principito atravesó el desierto en el que sólo encontró una flor de tres pétalos.

— ¡Buenos días! —dijo el principito.

— ¡Buenos días! —dijo la flor.

— ¿Dónde están los hombres? —preguntó cortésmente el principito.

La flor, un día, había visto pasar una caravana.

— ¿Los hombres? No existen más que seis o siete, me parece. Los he visto hace ya años y nunca se sabe dónde encontrarlos. El viento los pasea.

—Adiós —dijo el principito.

—Adiós —dijo la flor.

Capítulo XIX

El principito escaló hasta la cima de una montaña.

“Desde una montaña tan alta como ésta, podré ver todo el planeta y a todos los hombres...” Pero no alcanzó a ver más que algunas puntas de rocas.

— ¡Buenos días! —exclamó el principito.

— ¡Buenos días! ¡Buenos días! ¡Buenos días! —
respondió el eco.

— ¿Quién eres tú? —preguntó el principito.

— ¿Quién eres tú?... ¿Quién eres tú?... ¿Quién eres
tú?... —contestó el eco.

—Sed mis amigos, estoy solo —dijo el principito.

—Estoy solo... estoy solo... estoy solo... —repitió el eco.

¡Qué planeta más raro! —Pensó entonces el
principito—, es seco, puntiagudo y salado. Y los
hombres carecen de imaginación; no hacen más
que repetir lo que se les dice...

Capítulo XX

Pero sucedió que el principito, atravesó arenas, rocas
y nieves, y descubrió finalmente un camino.

— ¡Buenos días! —dijo.

Era un jardín cuajado de rosas.

— ¡Buenos días! —dijeron las rosas.

El principito las miró. ¡Todas se parecían tanto a su flor!

— ¿Quiénes son ustedes? —les preguntó estupefacto.

—Somos las rosas —respondieron éstas.



— ¡Ah! —exclamó el principito.
Y se sintió muy desgraciado. Su flor le había dicho que era la única de su especie en todo el universo. ¡Y ahora tenía ante sus ojos más de cinco mil todas semejantes, en un solo jardín!

Capítulo XXI

Entonces apareció el zorro:
— ¡Buenos días! —dijo el zorro.
— ¡Buenos días! —respondió el principito.
— ¿Quién eres tú? —Preguntó el principito—. ¡Qué bonito eres!
—Soy un zorro —dijo el zorro.
—Ven a jugar conmigo —le propuso el principito—, ¡estoy tan triste!
—No puedo jugar contigo —dijo el zorro—, no estoy domesticado.
— ¡Ah, perdón! —dijo el principito.
Pero después de una breve reflexión, añadió:
— ¿Qué significa “domesticar”?
—Tú no eres de aquí —dijo el zorro— ¿qué buscas?

—Busco a los hombres —le respondió el principito—. ¿Qué significa “domesticar”?

—Los hombres —dijo el zorro— tienen escopetas y cazan.

Crían gallinas. Es lo único que les interesa. ¿Tú buscas gallinas?

—No —dijo el principito—. Busco amigos. ¿Qué significa “domesticar”? —volvió a preguntar el principito.

—Es una cosa ya olvidada —dijo el zorro—, significa “crear vínculos...”

— ¿Crear vínculos?

Tú no eres para mí todavía más que un muchachito igual a otros y no te necesito para nada. Tampoco tú tienes necesidad de mí y no soy para ti más que un zorro entre otros zorros. Pero si tú me domesticas, entonces tendremos necesidad el uno del otro.

Y después volvió a su idea:

—Mi vida es muy monótona. Cazo gallinas y los hombres me cazan a mí. Todas las gallinas se parecen y todos los hombres son iguales; por consiguiente me



aburro un poco. Si tú me domesticas, mi vida estará llena de sol. Y además, ¡mira! ¿Ves allá abajo los campos de trigo? Yo no como pan y por lo tanto el trigo es para mí algo inútil. Los campos de trigo no me recuerdan nada. ¡Pero tú tienes los cabellos dorados y será algo maravilloso cuando me domestiques! El trigo, que es dorado también, será un recuerdo de ti. Y amaré el ruido del viento en el trigo.

—Por favor... domesticame —le dijo.

El principito volvió al día siguiente.

El principito domesticó al zorro. Y cuando se fue acercando el día de la partida:

— ¡Ah! —Dijo el zorro—, lloraré.

—Tuya es la culpa —le dijo el principito—, yo no quería hacerte daño, pero tú quisiste que te domesticara...

—Ciertamente —dijo el zorro.

— ¡Y vas a llorar!, —dijo él principito.

— ¡Seguro!

Y luego añadió:

—Vete a ver las rosas; comprenderás que la tuya es única en el mundo. Volverás a decirme adiós y yo te regalaré un secreto.

El principito se fue a ver las rosas a las que dijo:
—No son nada, ni en nada se parecen a mi rosa. Nadie las domesticó ni ustedes domesticaron a nadie. Son como el zorro era antes, que en nada se diferenciaba de otros cien mil zorros.

Pero yo le hice mi amigo y ahora es único en el mundo. Las rosas se sentían molestas oyendo al principito, que continuó diciéndoles:

—Son muy bellas, pero están vacías y nadie daría la vida por ustedes. Cualquiera que las vea podrá creer indudablemente que mí rosa es igual que cualquiera de ustedes. Pero ella es más importante que todas, porque yo la regué, porque fue a ella a la que abrigué con el fanal. Porque es mi rosa, en fin.

Y volvió con el zorro.

—Adiós —le dijo.

—Adiós —dijo el zorro—. He aquí mi secreto: sólo con el corazón se puede ver bien; lo esencial es invisible



para los ojos.

—Lo esencial es invisible para los ojos —repitió el principito para acordarse.

—Lo que hace más importante a tu rosa, es el tiempo que perdiste con ella.

—Es el tiempo que perdí con ella... —repitió el principito para recordarlo.

—Los hombres olvidaron esta verdad —dijo el zorro—Eres responsable para siempre de lo que has domesticado.

Capítulo XXII

— ¡Buenos días! —dijo el principito.

— ¡Buenos días! —respondió el guardavía.

— ¿Qué haces aquí? —le preguntó el principito.

—Formo con los viajeros paquetes de mil y despacho los trenes que los llevan.

Y un tren rápido iluminado, rugió como el trueno, hizo temblar la caseta del guardavía.

—Tienen prisa —dijo el principito—. ¿Qué buscan?

—Ni siquiera el conductor lo sabe —dijo el guardavía.

Un segundo rápido iluminado rugió en sentido inverso.
— ¿Ya vuelve? —preguntó el principito.
—No, son los mismos —contestó el guardavía—. Es un cambio.
— ¿No se sentían contentos donde estaban?
—Nunca se siente uno contento donde está —respondió el guardavía.
Únicamente los niños aplastan su nariz contra los vidrios.
—Únicamente los niños saben lo que buscan —dijo el principito.

Capítulo XXIII

— ¡Buenos días! —dijo el principito.
— ¡Buenos días! —respondió el comerciante.
Era un comerciante de píldoras que quitan la sed. Se toma una por semana y ya no se sienten ganas de beber.
— ¿Por qué vendes eso? —preguntó el principito.
—Porque con esto se economiza mucho tiempo. Según el cálculo hecho por los expertos, se ahorran

cincuenta y tres minutos por semana.

— ¿Y qué se hace con esos cincuenta y tres minutos?

—Lo que cada uno quiere... ”

Capítulo XXIV

Era el octavo día de mi avería en el desierto y había escuchado la historia del comerciante bebiendo la última gota de mi provisión de agua.

— ¡Ah —le dije al principito—, son muy bonitos tus cuentos, pero no he reparado mi avión, no tengo nada para beber y sería muy feliz si pudiera irme muy tranquilo en busca de una fuente!

El principito me miró y respondió a mi pensamiento:

—Tengo sed también... vamos a buscar un pozo. ..

Tuve un gesto de cansancio; es absurdo buscar un pozo, al azar, en la inmensidad del desierto.

Después de dos horas de caminar, cayó la noche y las estrellas comenzaron a brillar.

— ¿Tienes sed, tú también? —le pregunté. Pero no respondió a mi pregunta, y dijo:

—El agua puede ser buena también para el corazón...

No comprendí sus palabras, pero me callé; sabía muy bien que no había que interrogarlo.

El principito estaba cansado y se sentó; yo me senté a su lado y me dijo:

—Las estrellas son hermosas...

—El desierto es bello —añadió el principito.

—Lo que más embellece al desierto —dijo el principito— es el pozo que oculta en algún sitio...

Como el principito se dormía, lo tomé en mis brazos y me puse nuevamente en camino.

Continué caminando y al rayar el alba descubrí el pozo.

Capítulo XXV

El pozo que habíamos encontrado no se parecía en nada a los pozos saharianos. Estos pozos son simples agujeros que se abren en la arena. El que teníamos ante nosotros parecía el pozo de un pueblo; pero por allí no había ningún pueblo y me parecía estar soñando.



— ¿Oyes? —Dijo el principito—. Hemos despertado al pozo y canta.

—Tengo sed de esta agua —dijo el principito—, dame de beber...

—Los hombres de tu tierra —dijo el principito— cultivan cinco mil rosas en un jardín y no encuentran lo que buscan.

—No lo encuentran nunca —le respondí. —

Añadió: —Pero los ojos son ciegos. Hay que buscar con el corazón.

—Es necesario que cumplas tu promesa —dijo el principito.

— ¿Qué promesa?

—Ya sabes... el bozal para mi cordero... soy responsable de mi flor.

Saqué del bolsillo mis esbozos de dibujo. El principito los miró y dijo riendo:

—Tus baobabs parecen repollos...

—Tu zorro tiene orejas que parecen cuernos; son demasiado largas.

Y volvió a reír.

—Eres injusto, muchachito; yo no sabía dibujar más que boas cerradas y boas abiertas.

— ¡Oh, todo se arreglará! —Dijo el principito—. Los niños entienden.

Bosquejé, pues, un bozal y se lo alargué con el corazón oprimido:

—Tú tienes proyectos que yo ignoro...

Pero no me respondió.

— ¿Sabes? —me dijo—. Mañana hace un año de mi caída en la Tierra...

—Caí muy cerca de aquí...

—Entonces no te encontré por azar hace ocho días, cuando paseabas por estos lugares, a mil millas de distancia del lugar habitado más próximo. ¿Es que volvías al punto de tu caída?

El principito enrojeció nuevamente.

Respondió —Tú debes trabajar ahora; vuelve, pues, junto a tu máquina, que yo te espero aquí. Vuelve mañana por la tarde.



Capítulo XXVI

Cuando volví de mi trabajo al día siguiente por la tarde, vi desde lejos al principito sentado en lo alto con las piernas colgando. Lo oí que hablaba.

— ¿No te acuerdas? ¡No es aquí con exactitud!
Alguien le respondió sin duda, porque él replicó:
— ¡Sí, sí; es el día, pero no es este el lugar!

Proseguí mi marcha hacia el muro, pero no veía ni oía a nadie. Y sin embargo, el principito replicó de nuevo.

— ¡Claro! Ya verás dónde comienza mi huella en la arena. No tienes más que esperarme, que allí estaré yo esta noche.

Yo estaba a veinte metros y continuaba sin distinguir nada.

El principito, después de un silencio, dijo aún:

— ¿Tienes un buen veneno? ¿Estás segura de no hacerme sufrir mucho?

Me detuve con el corazón oprimido, siempre sin comprender.

— ¡Ahora vete —dijo el principito—, quiero volver a bajarme!

Dirigí la mirada e instintivamente di un brinco. Una serpiente de esas amarillas que matan a una persona en menos de treinta segundos, se erguía en dirección al principito.

Puse la mano en el bolsillo para sacar mi revólver, apreté el paso, pero, al ruido que hice, la serpiente se deslizó por la arena y se escurrió entre las piedras con un ligero ruido metálico.

Llegué a tiempo de recibir en mis brazos a mi principito, que estaba blanco como la nieve.

Le quité su bufanda, y le di de beber. Me miró rodeándome el cuello con sus brazos. Sentí latir su corazón, como el de un pajarillo que muere a tiros de carabina.

—Me alegra —dijo el principito— que hayas encontrado lo que faltaba a tu máquina. Así podrás volver a tu tierra...



— ¿Cómo lo sabes?

No respondió a mi pregunta, sino que añadió:

—También yo vuelvo hoy a mi planeta...

Luego, con melancolía:

—Es mucho más lejos... y más difícil...

Estreché al principito entre mis brazos como si fuera un niño pequeño.

Su mirada, seria, estaba perdida.

—Tengo tu cordero y la caja para el cordero. Y tengo también el bozal.

Comprendí que no podía soportar la idea de no volver a oír nunca más su risa. Era para mí como una fuente en el desierto.

—Muchachito, quiero oír otra vez tu risa...

Pero él me dijo:

—Esta noche hará un año. Mi estrella se encontrará precisamente encima del lugar donde caí el año pasado...

El principito dijo:

—Lo más importante nunca se ve...

—¿Qué quieres decir? —Cuando por las noches mires

al cielo, al pensar que en una de aquellas estrellas estoy yo riendo, será para ti como si todas las estrellas riesen.

—Cuando te hayas consolado estarás contento de haberme conocido.

El principito se calló; estaba llorando.

Vaciló todavía un instante, luego se levantó y dio un paso. Yo no pude moverme.

Un relámpago amarillo centelleó en su tobillo. Quedó un instante inmóvil, sin exhalar un grito.

Luego cayó lentamente como cae un árbol, sin hacer el menor ruido a causa de la arena.

Capítulo XXVII

Hace ya seis años de esto. Jamás conté esta historia y los compañeros que me vuelven a ver se alegran de encontrarme vivo.

Al pasar el tiempo me consolé un poco, pero no completamente. Sé que volvió a su planeta, pues al amanecer no encontré su cuerpo...

Al bozal que dibujé para el principito se me olvidó



añadirle la correa de cuero; no habrá podido atárselo al cordero. Entonces me pregunto:

“¿Qué habrá sucedido en su planeta? Quizás el cordero se comió la flor...”

A veces me digo: “¡Seguro que no! El principito cubre la flor con su fanal todas las noches y vigila a su cordero”.

Si algún día, al viajar por África cruzan el desierto. No se apresuren, se los ruego, y deténganse un poco, precisamente bajo la estrella. Si un niño llega hasta ustedes, si este niño ríe y tiene cabellos de oro y nunca responde a sus preguntas, adivinarán en seguida quién es. ¡Sean amables con él! Y comuníqueme rápidamente que ha regresado. ¡No me dejen tan triste!

Extracto del libro

Mi dibujo no representaba un sombrero. Representaba una serpiente boa que digiere un elefante. Dibujé entonces el interior de la serpiente boa a fin de que las personas mayores pudieran comprender. Siempre estas personas tienen necesidad de explicaciones.

Las personas mayores me aconsejaron abandonar el dibujo de serpientes boas, ya fueran abiertas o cerradas, y poner más interés en la geografía, la historia, el cálculo y la gramática. De esta manera a la edad de seis años abandoné una magnífica carrera de pintor. Había quedado desilusionado por el fracaso de mis dibujos número 1 y número 2. Las personas mayores nunca pueden comprender algo por sí solas y es muy aburrido para los niños tener que darles una y otra vez explicaciones.

Tuve pues que elegir otro oficio y aprendía pilotar aviones. He volado un poco por todo el mundo y la geografía, en efecto me ha servido de mucho, al primer vistazo podía distinguir perfectamente la China de Arizona. Esto es muy útil, sobre todo si se pierde uno durante la noche.

Comprobación de lectura

1. ¿Cuál es la preocupación del Principito acerca de los corderos?
2. ¿Cuál es el primer enojo del Principito con el aviador?
3. ¿Cómo percibe el Principito el amor?
4. ¿Cuántas visitas realiza el Principito?
5. ¿Quién es el personaje principal en el primer planeta visitado por el Principito?
6. ¿Qué deja en ti cada uno de los personajes que encuentra el Principito en sus visitas?

Glosario

Abstraído. Distraído, ensimismado, absorto en una meditación.

Asteroide. Planeta.

Biombo. Mampara compuesta de varios bastidores unidos por medio de goznes, que se cierra, abre y despliega.

Carabina. Arma de fuego, portátil.

Consigna. En las estaciones de ferrocarril, aeropuertos, etc., local en que los viajeros depositan temporalmente equipajes, paquetes, etc.

Deshollinó. Limpiar las chimeneas, quitándoles el hollín.

Domesticado. Reducir, acostumar a la vista y compañía del hombre al animal fiero y salvaje.

Efímeras. Pasajero, de corta duración.

Estupefacto. Atónito, pasmado.

Guardavía. Empleado que tiene a su cargo la vigilancia de un trecho de vía férrea.

Geógrafo. Persona que profesa la geografía o tiene en ella especiales conocimientos.

Indulgencia. Facilidad en perdonar o disimular las culpas o en conceder gracias.

Melancolía. Tristeza vaga, profunda, sosegada y permanente.

Monarca. Príncipe soberano de un Estado.

Oruga. Larva de los insectos lepidópteros.

Perno. Pieza de hierro u otro metal, larga, cilíndrica, con cabeza redonda por un extremo y asegurada con una tuerca o un remache por el otro, que se usa para afirmar piezas de gran volumen.

Reumatismo. Enfermedad que se manifiesta generalmente por inflamación de las articulaciones de las extremidades.

Sollozos. Respirar de manera profunda y entrecortada a causa del llanto.

Súbdito. Sujeto a la autoridad de un superior con obligación de obedecerle.

Telescopio. Instrumento que permite ver agrandada una imagen de un objeto lejano.

Resumen hecho por: Elsa Huelva

Palabras: 7,520

Imágenes: Shutterstock

Fuente:

<http://www.taringa.net/posts/info/8666451/El-Principito-Para-leer-completo-Primera-Parte.html>